

Reseña de Miguel Catalán, *Ética de la verdad y de la mentira. Seudología VI.*, Editorial Verbum, Madrid, 2015, 210 páginas.

ISBN: 9788490741559

V Premio Juan Andrés de Ensayo e Investigación en Ciencias Humanas

Muchos siglos después de que los teólogos elevaran la veracidad a categoría de deber perfecto, es decir, inexcusable, aún hoy es el valor que se presenta más en desacuerdo con la práctica habitual de su contrario, la mentira. ¿Cómo ha llegado nuestra civilización a aunar de forma tan asombrosa una severidad teórica superlativa con la mayor laxitud práctica? ¿Cómo lo más odiado puede ser a la vez lo más practicado y la abominación general del engaño puede convivir con su práctica universal?

Abrimos el sexto volumen de *Seudología*, tratado que Miguel Catalán viene dedicando al estudio general de la mentira, adentrándonos en estas cuestiones. Lo hacemos desde la profundidad que nos exige echar la vista atrás, a los cimientos milenarios de nuestra civilización, como también avanzando en la extensión horizontal entrelazando las diferentes ciencias humanas (antropología, sociología, psicología, filosofía moral) que un tratado acerca del hombre como ser biográfico y social debe compendiar.

La ética surge cuando tenemos en cuenta, valoramos, juzgamos, reprobamos o aprobamos las acciones y costumbres de los demás; cuando desde nuestra

subjetividad reflexionamos sobre aquellas cuestiones vitales de nuestra existencia que entran en conflicto con las de otros individuos; y es bajo esa misma premisa ética y sociológica como nos topamos, al mismo tiempo, con la mentira como instrumento en las relaciones sociales. Y es que para mentir, hemos de tener en cuenta los valores del otro, o los de nuestro espejo sancionador si nos mentimos a nosotros mismos. Al buscar el origen del rigorismo, encontramos que las viejas religiones dejaban poco espacio para una ética racional y autónoma. Esta se abrirá camino en la modernidad con grandes dificultades, como muestra el hecho de que Kant, Fichte, y otros autores modernos y contemporáneos persisten en el tabú de la mentira impuesto por San Agustín, tomando así el testigo en la carrera titánica de la verdad por mantenerse en el pódium de un poder concedido a los reyes por los dioses monoteístas de la antigüedad irania y hebrea.

El autor dedica los dos primeros capítulos del libro a este rigorismo o absolutismo de la verdad que defiende que toda mentira, incluyendo la piadosa, es mala en sí misma. Miguel Catalán esclarece de forma precisa que este culto a la verdad, como todo culto, tiene un origen no ético, sino religioso. La prohibición taxativa de mentir aparece por primera vez en los preceptos negativos de las viejas religiones y no es casual el actual horror teórico a la mentira, que se nos presenta como una transfiguración del terror espiritual al pecado; se trata de un rigorismo que encadena los eslabones de la mentira con los de la muerte. Miguel Catalán nos muestra cómo el esquema dualista moral-religioso, en virtud del cual la verdad de Dios que lleva a la vida eterna se opone de forma irreconciliable a la falsedad del Demonio que arrastra al abismo, sigue tan vivo como siempre no obstante haberse desprendido de sus viejos ropajes teológicos.

Tras la creación irania del Infierno, que será después transmitido a los hebreos, cristianos y musulmanes, se oculta un instrumento de dominación espiritual de los clérigos sobre los laicos. Al convertir en irrecusable la elección entre el Bien (la obediencia) y el Mal (la desobediencia), el libre albedrío se nos muestra como un falso ejercicio de libertad de elección para llevar al laico a la sumisión, pues la única alternativa aceptable a la sujeción a la verdad es el castigo eterno. La finalidad de la libertad humana sujeta a un sistema de premios y castigos ultraterrenos en función del acatamiento a un código de valores fijados por la minoría o casta sacerdotal (Los Magi iranos, los levitas judíos) es la de traer al orden la conducta insumisa. El libre albedrío sólo nos deja la opción de la verdad si queremos evitar el castigo. El profesor Miguel Catalán nos relata con todo lujo de detalles cómo el orden religioso del cosmos se convierte en un

poder político del imperio debido a la adscripción del Rey a la verdad de Ahura Mazda. De entrada, podemos apreciar que nuestros actuales lodos proceden de aquellos polvos: la guerra de religión adquirió el sentido trágico que conocemos en Occidente y Oriente próximo al transformar Zaratrusta a los dioses ajenos del politeísmo que podían competir en la satisfacción de plegarias y hasta convivir en panteones tan poblados como el hindú, en demonios seguidores del Principio del Mal y de la mentira a los que había que combatir hasta la muerte por dictado de un Dios Único, Bueno y Verdadero. El Dios único dio lugar a la Verdad única, digna del sacrificio de la vida.

Dando sentido a las matanzas de brujas y herejes, de gatos y otros demonios familiares en el Occidente medieval y moderno, la mortífera combinación de un monoteísmo teológico con un dualismo moral conlleva la persecución y exterminio de los hijos del Espíritu Maligno sin distinción de especies ni reinos, pues en la guerra cósmica –nos dice Miguel Catalán– no existen países neutrales. El autor del ensayo nos muestra cómo la descripción de las costumbres que hace Heródoto en el siglo V a. C. responde a esta cosmología dualista de fuerte base sacerdotal. Los persas tenían la mentira por lo más vergonzoso, y enseñaban a sus hijos tres cosas: montar a caballo, tirar el arco y decir la verdad.

Y por estas sendas y con estas andanzas, no es extraño que ya al final del ensayo nos encontremos con los hidalgos caballeros de lanza noble, Lanzarote y Don Quijote, como grandes ejemplos de esta seudología de la mentira, donde esta se muestra como hija bastarda del culto a la verdad. Pero para entonces en estas páginas, ya leído el libro, sabremos de la sabiduría de la vida frente al rigor de la verdad. Sigamos, pues, de forma ordenada con nuestro camino:

No resulta extraño que una cultura de impronta dualista como la irania, que siglos más tarde contribuiría a dar forma al agnosticismo, al cristianismo y al maniqueísmo, declare más aceptable matar con el arco que mentir con la boca. Lo notable, como nos dice el autor, es que los modernos occidentales, en apariencia ya ajenos al dualismo teológico irania *Verdad santa / Mentira infernal*, nos parezca tan admirable esta costumbre contada por Heródoto que la citemos como expresión de la más sublime virtud. Las absolutas normas sacerdotales procedentes de una lucha moral entre las fuerzas sobrenaturales del Bien y el Mal, encastrados en la dualidad indoiranía Orden/Desorden, sólo pueden conducir a la suprema rigidez y severidad de toda oposición dualista. Es este monoteísmo de trasfondo moral dualista el que han metabolizado en

la tres religiones de Libro (judaísmo, islamismo, cristianismo) imponiendo un rigor de la verdad que no admite excepciones. De tal forma avanzó el rigorismo a través de los tiempos: el pecado de la mentira en las religiones monoteístas *del Libro* identificó al hereje con el mentiroso a lo largo de toda la Edad Media; en la Edad Moderna, el carácter impío y funesto de la mentira se revitalizó en Europa y luego en América con el protestantismo gracias a que el puritanismo inglés trasplantado a Nueva Inglaterra mantenía la necesidad de un habla veraz (*truthful speech*) para lograr una sociedad bendecida por Dios. De igual manera, el dualismo teológico protestante se enfrenta a un igual suyo cuando concibe la guerra en términos religiosos contra el Islam, porque ambos proceden de la misma tradición iranio hebrea de la intolerancia.

Por contraste, Miguel Catalán nos explica cómo la obsesión por la verdad absoluta del árbol judeocristiano contrasta con la indiferencia mostrada por la civilización grecorromana. En parte debido a su politeísmo, y pese a algún pasaje severo de Platón o Arsitóteles, la cultura homérica presocrática que forma la base de la educación griega procuró a la moral helénica en general su permisividad con el engaño equiparable a su tolerancia religiosa ante sus panteones ajenos.

Conviene resaltar que el fanatismo de la verdad confunde la verdad intelectual, cuyo contrario es el error, con la verdad moral, cuyo contrario es la mentira, de forma que los mentirosos devienen secuaces del Maligno. Sócrates sostenía que quienes cometían maldades no eran en realidad malvados, sino ignorantes. Nadie yerra por propia voluntad, estipula el sabio en el *Protágoras* y justifica en el *Gorgias*. Sin embargo, los sacerdotes iranos, los profetas judíos, San Pablo y sus iluminados seguidores pensaban justo lo contrario; si una persona es lo bastante ignorante como para no ver la verdad es debido a su mala voluntad y merece condenación. Tanto las acciones armadas de Al Qaeda A Yihad, nombre completo del grupo fundado por Ben Laden, como la sacra guerra conquista declarada por el Estado islámico en Siria e Iraq actualizan la concepción coránica del Yihad o guerra santa. Según el Corán el mundo se divide en dos territorios: el país de los creyentes o Casa del Islam (*Dar al-Islam*) y el resto de países o Casa de la Guerra (*Dar al-Harb*). Los incrédulos tienen por guía la mentira. Los musulmanes, como antes los judíos y los cristianos, son los últimos legatarios de la fundación zoroástrica de la guerra entre la luz de la verdad y las tinieblas de la falsía. La intolerancia religiosa, nos explica el profesor Miguel Catalán, se nutre de esta concepción de la palabra como infusión divina.

Nos adentramos en los dos capítulos intermedios del ensayo para analizar el salto del fanatismo de la verdad al fariseísmo de la verdad, y descubrir las técnicas de mediación bajo el absolutismo de la verdad. Será San Agustín en el siglo V quien establecerá como doctrina el deber perfecto de la veracidad. Kant ejercerá de fiel heredero que toma del primero el célebre ejemplo del anfitrión que debe responder a un asesino con la verdad aunque esta suponga la probable muerte de su huésped. La razón kantiana se nos muestra como religión secularizada, y la autonomía moral kantiana como heteronomía religiosa trascendentalizada. Explica el autor del ensayo cómo San Agustín perpetúa la veracidad obligatoria a partir de tres pasos: es ilícito el falso testimonio; toda mentira es falso testimonio y toda mentira mata el alma. De esta forma, nos explica Miguel Catalán, el Espíritu Maligno iranio -que eligió la mentira- irá transformándose por el cristianismo en el Satán, padre de la mentira, que adoptó la figura de la sierpe mortífera en el Paraíso. Será éste el veneno que con el tiempo destile la lengua bífida. El demonio como padre de la mentira, ya desprendido de sus ropajes teológicos, pasa a impregnar el sentido común de nuestra civilización.

Una vez hemos llegado al punto de análisis de ruptura con la heteronomía de una Verdad Absoluta, Miguel Catalán nos hace comprender la importancia de saber discernir cuándo es moralmente permisible mentir atendiendo a las consecuencias, y se detiene a reflexionar sobre las consecuencias del acto verbal. De esta forma, el autor del libro trata en los dos últimos capítulos los límites de la razón y el criterio de las consecuencias, así como la sabiduría de la vida frente al rigor de la verdad.

Kant no podía conocer los datos que nos proporcionan hoy los etólogos, pero en toda sociedad de antropoides ya se combinan las funciones veraces con las falaces dependiendo de la situación de los sujetos y la dinámica del grupo. La sociedad humana –nos dice Miguel Catalán- ha sido, es y será una red entretejida de mentiras, de las cuales unas se consideran en general aceptables, y otras inaceptables.

Contra el fetichismo de la verdad, debemos simplemente admitir que la mentira es en sí misma tan poco moral o inmoral como el chip, la imprenta o el propio lenguaje; es el uso que hagamos de ella el que determina la acción moral. Por ello, el criterio de las consecuencias que, lejos de unirse a los deberes o principios fijos de la conducta, sólo pretende encontrar la mejor solución en cada caso al problema de cómo mejorar la situación propia y ajena, corresponde a una ética de la experiencia que conlleva forzosamente cierto grado de incertidumbre. La inseguridad y la incertidumbre (la

probabilidad, la hipótesis, la predicción falible que ha confirmar la experiencia) forman el suelo natural de la experiencia humana en general no menos que la investigación científica. Miguel Catalán nos explica que a partir de este falibilismo intrínseco a la libertad humana lo que cuentan son los fines de la acción a la hora de saber si debo o no decir la verdad en este caso concreto; de ahí que el consecuencialismo se inscriba en la corriente llamada teleológica (de *télos*, que significa *fin* o *propósito*).

De esta forma, sólo es mala aquella mentira que pretende causar un daño injusto: el abuso del poder, el fraude, la calumnia, la traición entre otras. Como en el derecho romano, debemos distinguir siempre entre el *dolus bonus* y el *dolus malus*; ente el ánimo de engañar con intención de hacer el bien y el ánimo de hacer el mal. De ahí también la regla en virtud de la cual la falsedad que no perjudica a nadie no se castiga (*Falsitas nomine nociva non punitur*). Ambas distinciones centran su atención en los fines o consecuencias del acto, que son las que importan. Por esta razón, cobra especial relevancia el utilitarismo como ética consecuencialista que recomienda escoger aquel curso de acción que produzca mayor felicidad para el mayor número posible de personas. Pese a sus diferencias, los utilitaristas Bentham, Mill y Sidgwick mantuvieron en común que la veracidad debe ser la regla y la falsedad la excepción, debido a que la interrelación verbal implícita en la vida moral supone *cierto* grado de confianza mutua. En contraste con Kant y el deontologismo, sin embargo, los tres argumentan que algunos engaños no son sólo aceptables, sino apreciables cuando causan un gran bien al engañado u obran efectos benignos en general.

Finalizamos este estudio, analizando cómo Cervantes emparenta en la figura de Don Quijote veracidad incondicional y locura. La sinceridad a ultranza ya no es aquí una virtud militar, señorial, cristiana, cortés, o caballeresca frente a la puerilidad o villanía del vulgo representada por Sancho u otros personajes, sino una insensata manía que provocará sucesivos desastres en el mundo de la experiencia.

"Señores- dijo Don Quijote recuperada la cordura en su lecho de muerte-, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño"

Sin embargo, Miguel Catalán nos ha mostrado cómo la herencia irania sigue habitando en los nidos del fanatismo secular. Los pájaros de hogaño descienden de los de antaño.

Raquel Díaz Seijas

Universidad de A Coruña

raquel.dseijas@udc.es